

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00
 Extranjero . . . 1'50

EL CONGRESO DE LONDRES

Una opinión (1)

No sé por qué los iniciadores de estas reuniones internacionales de anarquistas les han dado el nombre de Congresos.

A mí me resulta antipática esta denominación y encuentro además que es desacertada, que no responde al objetivo que se tiene en cuenta.

Una reunión de anarquistas no puede ni debe ser un Congreso. Si las resoluciones que se aprobarán por los enviados de los distintos grupos tuviesen fuerza efectiva, sería efectivamente un Congreso; pero dejaría de ser anarquista, puesto que adquiriría todas las características de un Parlamento autoritario, de un cuerpo legislativo. Si por el contrario, las resoluciones de los congresistas carecen de fuerza obligatoria, de virtualidad efectiva, de influencia moral siquiera, el Congreso sería anarquista; pero no un Congreso en el sentido general de la palabra.

Paréceme que esa clase de actos se deberían llamar "Conferencia internacional anarquista" o "Entrevista internacional anárquica", con lo que la forma y el fondo marcharían de acuerdo. Dicho esto a guisa de aclaración, voy a exponer cuál debe ser la misión del Congreso de Londres, según yo la entiendo.

Creo que lo que más interesa hoy es estudiar las relaciones del anarquismo con la organización obrera y los medios de propagación y lucha más eficaces para el desarrollo y logro de nuestros ideales.

Reservar persecuciones y abusos autoritarios y preocuparse de los medios de eludirlos y combatirlos, es secundario. Lo principal es ese problema del movimiento obrero que tiende a desligarse del anarquismo en unas partes, y que en otras, aun pareciendo marchar de acuerdo con él, se concreta en la práctica a un reformismo económico que tan sólo por el empleo de la acción diferente es diferente del reformismo socialista.

Ante este abandono de la lucha social, ante este predominio de las cuestiones económicas sobre las humanas, sobre las de dignidad del hombre y de libertad individual, ante ese renunciamiento de hecho de todo propósito finalista de emancipación, absorvidos los gremios por los pequeños intereses del momento, es preciso adoptar una línea de conducta que nos acerque a la revolución, que nos lleve a la emancipación económica y política.

Las sociedades obreras o sindicatos, en casi todos los países, van adquiriendo un marcado carácter autoritario. Una disciplina tanto más estricta cuanto más vigoroso es el gremio, cuanto mayor es el número de asociados con que cuenta, va transformando el mecanismo obrero en un pequeño Estado, con todos los defectos de la organización estatal. Y cabe pensar si un organismo autoritario puede servir para conquistar la libertad.

La obra anárquica dentro de los gremios va siendo en todas las regiones cada vez menor, aun cuando aparezca lo contrario por el espejismo que produce la adopción general del método revolucionario—la violencia—por los sindicatos. Pero no hay que olvidar que ese revolucionarismo no va más allá de la conquista de mejoras en la mayoría de los casos, y que, por lo tanto, ese revolucionarismo no es el nuestro, no es el de nuestras ideas que tienden a revolucionar por completo la vida de relación de los hombres.

Por otro lado es un contrasentido, un absurdo, esperar que se transformen en anarquistas los obreros asociados en esos sindicatos tan prácticamente autoritarios, en los que la disciplina es el todo. Podrán "aprender" nuestras ideas algunos, pero como cuanto realizan en el seno de su Sociedad es antagónico con ellas, su modo de obrar no puede ser anarquista en ningún caso y se hace un tanto difícil comprender cómo podrán abandonar sus costumbres, sus prácticas de mando, si son miembros de la comisión, de obediencia a ésta o a las mayorías si figuran en el montón. Tras de que to-

dos tenemos en la vida diaria ese estorbo formidable de los gobiernos, las leyes, las costumbres y el ambiente social, tan distintos de nuestras concepciones, y que tanto nos impiden proceder como pensamos, aún voluntariamente nos cargamos con esa organización gremial, que por ser una parodia del Estado es una traba más a nuestras ideas.

Es precisamente la asociación en donde podríamos empezar a tener costumbres, prácticas anarquistas, y es también precisamente en ella en donde el autoritarismo y la obediencia se robustecen más. Lo más grave es que para un obrero, en tanto que de un partido político se puede retirar, de un Sindicato no puede hacerlo tan fácilmente, ya que si éste es robusto, se expone el indisciplinado a ser víctima de un boicot equivalente a una condena a morir de hambre.

¿Logrará el sindicalismo asegurar siquiera un bienestar económico para todos los trabajadores? ¿No estará llamado a desaparecer en breve, aniquilado por la burguesía?

Es un hecho la despoblación de los campos. El empleo de maquinarias está arrojando braceros a las ciudades, completándose así la obra de atracción que ejercen las grandes poblaciones sobre los habitantes de las regiones rurales.

No está probablemente lejano el día en que los sin trabajo sean legión en las ciudades y los sindicatos se vean en la imposibilidad de luchar con probabilidades de ventaja sobre los patronos.

Las máquinas que emplean cada día más los industriales son de fácil manejo, y su aprendizaje no requiere mayor tiempo ni inteligencia. Los salarios relativamente altos, las ventajas obtenidas por los obreros asociados, corren así riesgo de desaparecer. Oficios hay como el de linotipista, que, después de haber aceptado una remuneración apreciable, tienden a percibir jornales inferiores a los de los tipógrafos, a causa de que la linotipo se maneja con quince días de práctica perfectamente, en tanto que la tipografía requiere años de aprendizaje. Es más fácil ser "chauffeur, o "motorman" que cochero o carrero, así como el manejo de una segadora es más sencillo que el de una guadaña.

La simplificación del trabajo y el aumento de brazos que es fatal sobrevenga, son los enemigos del sindicalismo. Y si hasta ahora la desventaja de éste no es manifiesta, se debe a que una suma enorme de brazos son acaparados por los ejércitos de la paz armada y las industrias de la guerra, acaparamiento que está ya haciendo crisis, que es materialmente imposible subsista muchos años más y cuya terminación arrojará millones de hombres a disputar el jornal en las fábricas, las minas, los talleres y la agricultura.

Serían necesarias muchas páginas para profundizar este tema que apenas dejo esbozado y creo será tratado con preferencia en el Congreso de Londres, Congreso al que deberán llevar los delegados ideas más que informes y relatos de persecuciones, listas de agrupaciones, nombres de periódicos, etc.

Por esto yo creo que los literatos deben ser antes que literatos y oradores, hombres de pensamiento, importando poco sean o no vivaces en el diálogo, puesto que reuniones como las de Londres no se hacen a base de verborrea como las de los parlamentos y hasta las de algunos congresos obreros. Los trabajos se han de presentar al por escrito y no es con cuatro agudezas con lo que se destruyen pensamientos reposados y profundos, sino con la labor del estudio y la meditación.

Yo presencié un simple Congreso en Barcelona y puedo asegurar que en nada se parecía a los que he visto en Rosario, Buenos Aires y Montevideo. En éstos se hacía todo a base de improvisaciones y eran los más charlatanes los que se imponían. En Barcelona las sociedades enviaron escritos sobre los temas propuestos, escritos que diversas comisiones estudiaron, acordando aconsejar al Congreso aprobara

los que ellas estimaron mejores. Leídos los designados por las comisiones, se discutieron brevemente por los que habían presentado soluciones distintas a las recomendadas y el Congreso adoptaba finalmente el que mejor le parecía. Como se ve, esto es muy distinto a lo usual en el Río de la Plata, y seguramente el Congreso de Londres tendrá más similitud con el barcelonés que no con los platenses.

Algunos compañeros veo que entienden de otra manera la realización de ese acto. Por lo que colijo de los artículos aparecidos en *La Protesta*, hay quienes le consideran como un medio para que se conozca en Europa la situación actual de los anarquistas en la Argentina, y aun la de los obreros, lo que a mí ver es de una importancia secundaria.

Si el Congreso no tuviese más trascendentes propósitos, no valdría la pena celebrarlo. Ya se sabe en Europa —y principalmente lo saben los anarquistas— que en la Argentina existen leyes represivas, del mismo modo que sabemos nosotros las hay en España, en Francia, en Alemania, en Rusia, en Brasil, en Norte América, etc., etc.

En esa universalidad de la represión, que sólo se diferencia en matices, en grados, estriba la ineficacia de la obra de solidaridad mundial que se reclama desde Buenos Aires.

En cada país tienen sus víctimas, sus cadenas, y mal pueden preocuparse de lo que pasa en otros lados—salvo en casos excepcionales—cuando en la casa de cada uno ocurre algo semejante.

Pocos días hace que en Alemania fueron dos socialistas condenados a año y medio de prisión, si mal no recuerdo, por haber escrito al pie de un monumento estas dos palabras: "Semana Roja". Y bueno es advertir que "semana roja" es el nombre que dió el partido socialista a una semana dedicada a hacer suscriptores para su prensa y afiliados para sus centros. Ante semejante enormidad, ¿qué cabría decir aquí?

El Congreso de Londres o ha de servir para estudiar problemas de táctica, medios de lucha y propaganda, hacer labor constructiva, o no servirá para nada.

Los delegados deben prepararse para afrontar esa clase de temas. Así al menos opino yo.

EDUARDO G. GILIMON

Sobre el mismo asunto publicaremos en el próximo número otro artículo del compañero Federico Fructidor.—*La Redacción.*

La Democracia Social

Luis Araquistain ha dado una conferencia en Eibar sobre "la democracia social".

Tengo a la vista el extracto que de ella ha dado *El Liberal*, de Bilbao, que algún compañero ha tenido la amabilidad, que agradezco, de remitirme, y hallo al final como resumen de su substancia y como enseñanza y proposición práctica, el siguiente párrafo:

"No podemos esperar que nos traigan el socialismo, ni la evolución natural del régimen capitalista—aunque ésta prepare sus condiciones—, ni las revoluciones armadas. El socialismo no depende del cambio de un sistema de gobierno ni de la eliminación de uno o varios partidos políticos. Antes hay que hacer democracias sociales y técnicas. Los democratas para que voten por el socialismo, y los técnicos para que garanticen su triunfo."

Supongo que esa redacción será obra del periodista informador, quizá poco versado en asuntos sociales, porque el socialismo no puede esperarse a que sea traído, sino que ya es llevado como cosa pasada.

Araquistain no debe ignorar que los que se llaman socialistas en España se contentan con cotizar en la U. G. T. "para recabar de los poderes públicos leyes que favorezcan los intereses del trabajo", según consignan sus estatutos, y con votar candidatos socialistas; y como recaban siempre y votan cuando se les manda, no esperan nada más, tienen colmadas sus aspiraciones.

Para esos trabajadores que piden al Estado la ley de ocho horas, el jornal mínimo, la lluvia y el buen tiempo, y que obedecieron a su jefe, se han metido en la conjunción republicana para imponer el "Maura no", no rige el programa de La Internacional, ni entienden ni saben qué quiere decir "la eman-

cipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos"; ni les hace falta, puesto que cumplen seta indicación precisa señalada por el conferenciante:

Hay que anteponer el concepto de democracia al de socialismo...

aunque La Internacional proclamara que todo movimiento político debe subordinarse a la emancipación económica de los trabajadores.

Ignoro qué efecto causaría en los trabajadores de Eibar la conferencia de Araquistain. Temo que para algunos haya sido deplorable. Se trata de un escritor simpático y culto y, es probable que el atavismo burgués que le inspira haya sido aceptado como sociología de buena ley para los que se consideren técnicos, y como un rayo de esperanza para los que aceptan el voto como áncora salvadora, contribuyendo a remachar la cadena de la explotación.

El lástima que eso suceda. Araquistain publica con frecuencia crónicas interesantes en la prensa burguesa, llenas de datos interesantes sobre asuntos sociales, que suelen servir para la propaganda. Muchas veces me ha dado noticias y aun asunto para mis artículos, y por ello le estaba agradecido; pero de hoy en adelante no podré evitar cierta desconfianza, porque siempre se me representará esta declaración hecha en su conferencia en nombre de *nosotros* que no sé quienes son y que me ha recordado aquella frase arrogante de Maura: ¡Nosotros somos nosotros!

Nosotros queremos, en suma, una Democracia Social. La Historia nos ha enseñado con absoluta suficiencia que una democracia individual, como las de la antigüedad griega, o las de las ciudades libres de la Edad Media, o la moderna Suiza, no basta para desterrar la desigualdad económica y permitir que la personalidad humana se desenvuelva libremente. Sin supremo del socialismo.

Con profundo sentido histórico, los alemanes denominan al socialismo democracia social y a los socialistas, democratas sociales. Democracia Social significa, no solamente que los instrumentos de producción y cambio pasen a manos del Estado, sino que el pueblo pueda ejercer una acción lo más directa posible sobre su organización y funcionamiento.

En esas líneas dice Araquistain que las democracias antiguas y modernas han conservado la desigualdad, y como consecuencia absurda, quieren poner la libertad bajo la protección del Estado. Fijadse bien: "que los instrumentos de producción y cambio pasen a manos del Estado".

¡Y para decir eso se convoca a la gente, prometiendo enseñar verdades desconocidas, excitando ansias emancipadoras y recomendando prácticas desacreditadas como si las acreditara la historia!

¡Con que *vosotros* queréis que todos los patronos de cada nación se confundan y resuman en un solo patrón: el Estado!

¡Con que tantas naciones, otros tantos Estados únicos patronos nacionales!

¡Con que jornaleros a modo de soldados con grados, ordenanza, escalafón, rancho y consejo de disciplina!

¡Qué disparate!

Si un naturalista viniera hoy a propagar que la escala zoológica se ha de recorrer al revés, haciendo desaparecer todas las especies animales hasta regresar al reinado exclusivo del ichtiosaurio o el megaterio, iría a parar a un manicomio; pero a un sociólogo burgués le es permitido proponer la dirección del trabajo sometida al Estado, que, según Renan, "es un autócrata sin igual, que tiene derecho contra todos y nadie lo tiene contra él", y, según Bastiat, "es la gran ficción por medio de la cual todo el mundo se esfuerza en vivir a expensas de todo el mundo".

Afortunadamente los trabajadores de Eibar que oyeron la conferencia quedarían enterados y dispuestos a olvidar sus enseñanzas, reservando únicamente el recuerdo del mal rato pasado en un local cerrado en una noche canicular en que era más cómodo y útil tomar el fresco.

Por mi parte creo que esos burgueses cultos que ejercen de polígrafos y se quedan a la mitad del camino y aun menos que recorrieron Alfredo Calderón y Joaquín Costa, prestan el servicio de dar valor y relieve a las aspiraciones emancipadoras del proletariado.

De todo puede sacarse partid; las sombras acrecientan los bellísimos efectos de la luz.

ANSELMO LORENZO

Monumento Ferrer

En *Le Ralliement*, de Bruselas, el diputado belga y albacea de Ferrer contesta a la ridícula infantería maurista, que intenta derribar el monumento Ferrer, en los siguientes términos:

Que en Bruselas, capital de un reino que es el único país de Europa en que los clericales sean los dueños incontestables hace treinta años, se eleve un monumento a la memoria de Ferrer, último mártir del Libre Pensamiento, no puede menos de ser un asunto de indignación y de rabia para los clericales españoles que hicieron fusilar a Ferrer, y son bastante poderosos en su país para impedir que se erija una tumba a su víctima. Esa gente no llega a comprender cómo tal cosa sea posible, porque no tienen noción de las libertades constitucionales intangibles, de las autonomías locales, de la separación de poderes ni de los derechos individuales que las autoridades no pueden tocar en los países libres. No pueden comprender esas cosas, y como actualmente en España no tienen otros cuidados, los clericales españoles han emprendido una campaña contra el monumento Ferrer en Bruselas. Pretenden que se derribe. Siendo nuestro gobierno clerical, ¿cómo puede tolerarlo? Con eso demuestran su crasa ignorancia y su fatuidad; y como presumen que con su campaña no lograrán su objeto, y no pueden ya enviarnos un duque de Alba, como en tiempo de Felipe II, hablan de organizar un gran viaje de reaccionarios españoles a Bruselas para pedir el derribo del monumento Ferrer, y dan a entender que si no se satisface su deseo se arreglarán de modo para derribarle a la fuerza.

¿Cómo? ¿Dnamitándolo, imitando a los clericales belgas que trataron de ensuciarle? Porque no pueden pensar en una reclamación diplomática. Por muy complacientes que se mostraran los diplomáticos reaccionarios, entre los cuales se reclutan los Merry del Val, para formular esa reclamación, saben que sería rechazada como atentado grave al derecho internacional.

Cuando los liberales se cerraron por sí mismos a causa de sus necias divisiones, no se aceptó a Maura y se llamó a un conservador moderado, Dato. He ahí lo que Maura no puede perdonar a Dato ni al rey. Así lo ha declarado en los debates que han ocupado a las Cortes durante varias semanas, y en toda España resuena el grito de ¡Maura, no! lanzado por los que consideran que el considerado como responsable de la muerte de Ferrer se ha inutilizado para siempre, y el de ¡Maura, sí! por los clericales y carlistas. Todos los reaccionarios alaban al partido que, no pudiendo restablecer la loquisición, se agrupa alrededor del verdugo.

Tal es la querrela que los mauristas querían exportar a Bélgica, tomando el monumento Ferrer como pretexto, y tratando de exaltar el puntilloso patriotismo de los españoles diciéndoles que ese monumento es un insulto a España. En el fondo quieren manifestar sobre todo en pro de Maura contra la política liberal.

Los republicanos y los liberales han respondido anunciando que vendrían también a Bruselas si los reaccionarios vienen. No tienen necesidad de molestarse. La población de Bruselas sabrá defender su derecho y su dignidad, y hará a los delegados del partido maurista la recepción que merecen. No se tocará al monumento Ferrer. Legalmente no puede ser; en cuanto a las vías de hecho, los belgas le custodian.

Nuestros clericales saben a qué atenerse, y arrojando sobre la memoria de Ferrer ultrajes y audaces calumnias (que podrían costarles caro si la familia presenta demanda de reclamación a nuestro tribunales, de que la he disuadido hasta aquí prefiriendo el desprecio), no animan a venir a sus amigos de España. Prefieren recurrir a las vías tortuosas empleadas con éxito durante treinta años, y llaman el monumento Ferrer el "hombre feo desnudo", e insinúan que su vista (por la parte posterior) es un atentado al pudor de las vendedoras de pescado del mercado de Santa Catalina, de buenas burlescas que se rien de esa gajombería y están felizmente por encima de esa sensibilidad de Tartufo. Si hubieran de quitarse todas las desnudeces alegóricas de nuestras plazas públicas, no darían poco trabajo. ¿Y si se obligara al Papa a quitar las que atraen la multitud al Vaticano, hasta en aquella capilla Sixtina donde celebra la misa? Evitemos lo grotesco.

Se ha hallado algo mejor: el temor de un boicote español. Pueden hablar de ello los que organizaron hace trein-

(1) Conformes en la mayor parte de lo expuesto por nuestro querido compañero Gilimon y por lo que pueda servir de orientación, reproducimos el presente artículo de *La Protesta*, de Buenos Aires.